

Jaime Quezada: LAS PALABRAS DEL FABULADOR

Sociedad de Escritores de Chile, Ediciones Alerce, Santiago de Chile, 1968, 47 pp.

707170

Es fácil comprobar que la poesía chilena cuenta con gran cantidad de cultores de la edición reducida con pretensiones de libro. Las obras menores se suceden año a año sin mayor resonancia en el ámbito literario nacional. El escritor joven —sin duda— se encuentra enfrentado a una realidad editorial que fomenta la obra precipitada; la carencia de revistas periódicas donde publicar habitualmente, la ausencia de un verdadero público atento a los esfuerzos expresivos del poeta, obligan a éste a llevar a un libro atolondrado su producción, antes que desaparezca en el olvido del tiempo y en el propio olvido del autor. Es así como se ve aventurar a muchos en ediciones que apenas logran presentar una selección mínima de poemas, cuya inclusión en un libro es más negativa que positiva para la suerte posterior de la obra en formación del poeta. Esta desproporción entre la forma exterior del libro y el contenido ahuyenta al lector, cansado de adquisiciones innecesarias; el mismo crítico se desinteresa ante la obra diminuta, generalmente balbuciente en su misma pequeñez. El poeta sufre así las consecuencias de no ser leído. Y en caso de que se lo lea, nadie arriesga un juicio acerca de unas pocas composiciones que parecen la muestra demasiado limitada de una obra mayor. Se dirá que no está en la cantidad el valor de la poesía, y es cierta la afirmación. Pero es tan cierto como aquello el que un libro de poesía no puede pretender ganarse un interés verdadero si no cuenta con una gran calidad, o por lo menos con un número variado y rico de poemas que permitan acercarse con parsimonia y tiempo a la obra. Por cierto que no se trata de una ley literaria; tal vez se refiera solamente a un hecho psicológico del lector, quien gustará de una selección de poesías leídas al pasar en una revista, sin llegar a un entusiasmo semejante si la misma selección constituye un libro.

Las palabras del fabulador deberá afrontar esta dificultad en mayor grado que otros libros semejantes. Su lectura limita con lo instantáneo, tanto por el número de poemas que lo forman, cuanto por la extensión de los mismos. Tres partes componen el conjunto total: "Retrato hablado", "Las primeras tablas" y "Las palabras del fabulador", sumando en total 35 poemas. Se trata de composiciones brevísimas en verso libre, sin mayores perfecciones rítmicas o sonoras. El análisis estilístico no arroja, en este aspecto, conclusiones



deñitivas. Podría adelantarse la suposición de una estructura rítmica basada en la ausencia de esquemas expresivos propios del versículo contemporáneo. Esta falta de esquemas rítmicos se corresponde con la estructuración significativa de los poemas, característica por la aparente simplicidad de los términos y los motivos ordenados en unidades muy débiles.

Las composiciones de la primera parte trabajan los motivos del hambre, del envejecimiento cotidiano, de la desconfianza en la sociedad establecida, del amor carnal, etc., referidos a la persona del poeta. Cada poema es un toque directo de concentrada amargura. Epigramas del materialismo egoísta de un individuo enfrentado a los otros. El mismo amor —tal vez la mera entrega a lo sexual— que recoge expresiones de esperanza, parece coincidir con afanes egoístas desentendidos de un ideal trascendente (p. 18):

"Dicen que no se cansa el sol
De entregar toda su luz
Pero yo me aburro de buscarlo. Es
[humano
Y quemó sin temor mi hoja de parra
Y me tiendo junto a una mujer —de
[buena
O mala fama—
Diciéndole al oído: desde
El fondo de las cosas oscuras subire-
[mos".
Esta primera parte es el autorretrato

de un hombre dibujado en breves trazos simbolistas mezclados a los rasgos descarnados de la naturalidad. Esta confusión de sustituciones, alusiones y decir directo con forma un lenguaje arrítmico y violento. Más aún si el triple ataque del motivo se realiza en los límites reducidos de unos pocos versos. No puede negarse la validez estética de una técnica aprendida de otros poetas.

Similar es el proceder de los poemas de la segunda parte, aunque en ellos son otros los motivos, resumibles en uno solo: nostalgia de la infancia. Llama la atención descubrir el estado anímico de la añoranza en la obra de un poeta juvenil. Tanto los poemas de la primera parte como éstos de "Las primeras tablas" prescinden del futuro y se instalan en un mundo presente proclive al pasado tan indefinido como personal. Carecen de entusiasmo; giran alrededor de un núcleo de resentimientos —contra los hombres, contra el tiempo— que se exterioriza en la palabra escueta y el significado aludido por la anécdota. Este proceder por la alusión exige del lector un ponerse a tono con la circunstancia, lo que resulta difícil dado el hermetismo sentimental de los poemas.

La tercera y última parte junta composiciones de más variada temática y difícilmente analizables en conjunto desde el aspecto significativo. Son anécdotas —como en los casos anteriores— que aluden a significados más generales y objetivos. No transmiten un tono lírico definible, quedándose las más de las veces en la objetividad demasiado evidente. El proceder según los principios de la adivinanza —llamada fábula en este caso— no hace más que complicar las cosas: se rebaja en gran medida el valor comunicativo de la poesía. Por otra parte, la concisión exterior no siempre es procedimiento suficiente para producir el estado de alerta, la convicción sentimental que todo poemas debe producir si desea alcanzar los títulos de la lírica.

Concebido, sin duda, como un libro de chispazos, *Las palabras del fabulador* pierde interés por la suma frialdad del tono general, la que reside en la técnica: poemas que no alcanzan a constituir forma, conjunto que no logra definir una línea emocional, sencillez aparente confundida en el uso insignificante de imágenes aisladas, y significación difusa que impide encontrar en el libro un verdadero conocimiento del mundo que apenas desdibuja.

Santiago Daydi Tolson